

Porque toda la gente baquiána,
Eso me da pasada que presente,
A todos sus mandatos está llana
Y los cumple leal y fielmente;
Perdición de juez, de juez mana
Y de su coronista y escribiente;
Y tengo por notorios desatinos
Culpar en este caso los vecinos.

Puesto caso que cuantos golpes tiran
Descargan en los miserables pacientes,
Porque se diga bien, *reges delirant*,
Y pagan miserables inocentes:
Los que con claridad aquesto miran
Mejor lo notaran que los absentes,
Que por los papelistas de mal modo
Culpan do no lo ven un reino todo.

Y con dalles antiguos la comida
Y ser amados dellos y servidos,
Ningunos hombres hay en esta vida
De los jueces mas aborrecidos;
Y no por eso dellos hay quien pida
Cosa de los agravios recibidos:
Sus Faraones son embarradores
Que solian gozar de sus favores.

De tan intolerable desafuero
A todos los jueces no condeno;
Pues aquí vimos al doctor Venero
Que de toda virtud fué vaso lleno,
El cual tractaba con amor sincero
A los descubridores deste seno,
Y como sabio, docto, circumspecto
A los antiguos tuvo gran respecto.

Duró paz y quietud en este reino
El tiempo que por él fué gobernado,
Y aquella duracion de su gobierno
Bien se puede llamar siglo dorado;
Fué primavera, vino tal invierno
Que lo cubrió tristísimo nublado:
Todas son bullarazas y contiendas
Con gran asolamiento de haciendas.

También faltan palabras con que pueda
Eucarecer aquella virtud pura
Del gran varon Juan Lopez de Cepeda,
Oidor en aquella coyuntura;
Mas si dia fatal no me lo veda
Ocupará lugar en mi escriptura
Méritamente, pues agora ceso
A causa de salir deste digreso.

Volviendo pues á nuestros caminantes,
Que por rios, quebradas, cenagales,
Salieron al Cenú, no como antes,
Sino pocos y llenos de mil males,
Hallaron los sepuleros ya menguantes
De muchos que sacaron naturales;
Y segun otros dieron el tesoro
Debieron de sacar un millon de oro.

Conocieron las frescas aberturas,
No sin dolor que sus entrañas pica;
Pues segun infalibles conycturas
Que la misma razon les certifica,
Desenvolviendo viejas sepulturas,
Ya sabrian cual era la mas rica:
Lo cual se vió después mas claramente
Por ser hechas de traza diferente.

Que los entierros que se descubrian
En forma de cuadrangulo cuadrados,
Habia muchos dellos que tenían
A treinta y á cuarenta mil ducados;
Y los como montones no se vian
Con tanta suma ni tan bien labrados,
Y destos mas ó menos en el punto,
Segun las cualidades del defunto.

Desenvolviendo pues un monumento,
Como próspera muestra se hallase,
Luego bicieron un requerimiento
Al gobernador para que poblase,
Y no desamparasen el asiento
Hasta tanto quel oro se sacase;
Mas él con diferentes intenciones
Dicen que respondió tales razones:

« Señores, yo conozeo ser justicia
Vuestra protestacion encarecida,
Pero locura grande, por encidia
De oro, consumir aquí la vida;
Porque para sacar esta noticia
Necesidad tenemos de comida;
Para traella yo no sé de dónde,
Pues en cualquier lugar se nos absconde.

» Hay demás deste mas inconvenientes
Dignos de los mirar ojos atentos:
Que somos pocos, flacos y dolientes,
Y faltos de guerreros instrumentos,
Hasta de los que son pertenecientes
Para poder cavar enterramientos;
Pues como veis, por escapar la vida,
La carga principal quedó perdida.

» Tengo por mejor ir á Cartagena
Para que de salud vos reformemos,
Pues que podemos ir la bolsa llena
Con que necesidades remediemos;
Y de lo que dejais no tengais pena,
Porque con gran presteza volveremos,
Y podrá sucedernos de manera
Que hayamos lo de dentro y lo de fuera.

Este razonamiento fué bastante
Para no replicar parecer vario,
Ni fuese de su voto discrepante
Soldado que sintiese lo contrario:
Partieron pues llevando por delante
El oro que salió del santuario:
En efecto, llegaron á su puerto
Sin que quedase destos hombre muerto.

Recibióse contento y alegría
Viendo venir la gente del armada,
No sin admiracion, porque traia
La cara cada cual amortiguada,
Y la mitad de tanta compañía
De vida y de riquezas defraudada;
Mas mitigóse su dolor y lloro
Con ver aquella cantidad de oro.

El cual por los soldados se reparte,
Hecha la cuenta de lo que montaba,
Segun las condiciones y del arte
Que gente de razon acostumbra;
De lo cual ansimismo dieron parte
A la gente de guerra que quedaba
En guarda y en custodia destos senos,
Y á iglesia y hospital ni mas ni menos.

Luego se mejoraron en los trajes,
Segun uso del tiempo los pedía,
Cadenas de oro, gorras con plumajes,
Ricas medallas con su pederria:
Andan recios los juegos y tablajes,
Medra la dama, y el que la servía
Va desmedrando siempre, porque en esta
Feria lo mas barato caro cuesta.

Durantes estas flores y esta gala
Que con razones cortas manifesto,
Ansimismo llegó de Guatemala
El Alonso de Heredia muy bien puesto:
Por el hermano visto lo regala,
Y todos los demás bicieron esto,
Holgándose de ver los dos hermanos
Segun la condicion de los humanos.

Eran ambos á dos hombres bastantes,
Y en el valor corrian por parejo,
Pero segun que ya dijimos antes,
El Alonso de Heredia fué mas viejo,
Y el menor en las cosas importantes
Aprovechábase de su consejo:
Y así la paz y guerra se hacia
Del modo quel Alonso disponia.

Pedro de Heredia con la noble gente
Celebraron con fiestas estas vistas,
Y concluidas generosamente
Hicieron para guerra nuevas listas,
Al Alonso nombrando por teniente
Y general de todas las conquistas:
Y por esta razon que voy tractando
Escluso quedó César deste mando.

El cual, segun mostró por las señales,
Disgusto no tomó del nombramiento,
Mas sus apasionados y parciales
Recibieron algun desabrimiento,
Y como suelen en las cosas tales,
Quedaron con aquel remordimiento:
Mas en César jamás se vió centella
De secreta ni pública querella.

En este tiempo, para mas decoro
De lo por conquistar y conquistado,
De iglesia catedral se erigió coro,
Siendo de la diócesis y obispado
Primer obispo fray Tomás de Toro,
Varon no menos santo que letrado,
De la orden de los predicadores
Y digno de los mas altos honores.

De los eclesiásticos primeros
Fué dean desta catedral escuela
Un don Hierónimo de Ballesteros,
Y obispo fué después de Venezuela:
En buena vida no de los postreros,
En condicion de noble parentela,
Primer arcediano dan mis cantos
A don Francisco Diaz de los Santos.

Don Francisco Fernandez lo es hoy dia,
Y dean es también don Juan Fernandez:
Sabia, limpia y honesta clerecia,
Con ornamento de virtudes grandes,
Tanto que no podrias, pluma mia,
Decillos, aunque mucho te desmandes;
Es primer chantre don Anton Verdugo,
Cuya bondad á mí siempre me plugo.

El Alonso de Heredia pues usando
De los poderes largos que tenía,
Llegó de los subyectos á su mandado
Lucida y estremada compañía:
Suenan los atambores y echan bando,
Manifestando cuándo se partía
A tierras del Cenú, pero constante
En procurar pasar mas adelante.

Doscientos y diez fueron los soldados,
En trabajosas guerras ya curtidos,
De cosas necesarias pertrechados,
De caballos y armas proveidos,
De grandes esperanzas alentados
Y por noticias ricas conmovidos;
Y César ansimismo se presenta
De quien el general hizo gran cuenta.

Al tiempo ya que resplandor febeo
Quería visitar el sexto sino,
Apartándose del leon nemeo,
Y Pedro y Diego y Juan vieron divino
Fulgor en el inmenso Nazareo,
Se pusieron á punto y en camino
Año de tres quinientos con mas treinta
Y cuatro, segun da cristiana cuenta.

Como sabian muchos desta gente
Guiar mas á provecho la carrera,
Llegaron al Cenú mas brevemente
De lo que se llegó la vez primera;
Ivernaron en parte conviniente,
Y esperaron allí la primavera,
Y en tanto César fué con gente diestra
A tierras de Tulú, por ver su muestra.

Hallaron indios con los arcsos tesos,
Pero prevaleció cristiano Marte:
Y de caciques que tomaron presos,
Segun el uso de militar arte,
Recogerian como diez mil pesos,
En que tenían todos ellos parte;
Y de cualquiera cosa mala ó buena
Iban mensajes para Cartagena.

Súpose pues del oro rancheado
Por el gobernador con otros cuentos;
Y el contador Durán habia llegado
De los reinos de España con doseientos
Soldados que traia por mandado
Del rey, para seguir descubrimientos;
Y para flete destos pasajeros
Hallóse por entonces sin dineros.

Y para que sin largas dilaciones
Volviessen los navios aviados,
Determinó con sanas intenciones
De pedir los dineros emprestados;
Digo los que en Tulú y en sus rincones
Habian rancheado los soldados,
Diciendo que en habiendo mas provechos
Serian en sus partes satisfechos.

Envió luego cartas al hermano
Para que lo que digo concluyese,
El cual con gran hervor tomó la mano
A fin de que su mando se cumpliese;
Mas á ninguno dellos halló llano,
Como tocaron en el interese,
Y quien mas descubrió voluntad mala
Fué César y también Lopez de Ayala.

Vinieron de razones en razones
A decirse palabras desiguales,
No sin alteracion de corazones;
Y el general, por evitar mas males,
Hizo poner en asperas prisiones
Estos dos por cabezas principales,
Y aun fueron los enojos de tal suerte
Que los queria condenar á muerte.

Pero como terciase gente buena,
Pudieron mitigar el accidente,
Y no tanto que no les diese pena
Vellos hablar desvergonzadamente;
Y así no les quitaron la cadena
Ni grillos que tenían de presente,
Adonde padecieron muchos dias
Sin que bastaran ruegos ni porfias.

Y las necesidades que tenía
Pedro de Heredia, su menor hermano,
Púdolas remediar por otra via
Por tener el remedio muy á mano,
Porque sacaban oro cada dia
En aquel cementerio comarcano:
Unos dellos buscaban alimentos
Y otros cavaban los enterramientos.

Era la hambre que se padecía
En aquella sazón en sumo grado,
Y de los sacadores tal habia,
Que sin regatear en el mercado
Diera cuanto dinero le cabia
Por cuatro puños de maíz tostado:
Tanta necesidad los desbarata,
Que reniegan del oro y de la plata.

Pero con todo esto trabajaban,
So pena de prisiones ó de azotes;
Y entonces los sepuleros que sacaban
Eran los que llamaban de mogotes;
Mas estos abusados no mostraban
Tener en sí tan caudalosos dotes
Como los que tenían las gargantas
Debajo de las muy crecidas plantas.

De las cuales quizá la menor era
Tan gruesa como tres novillos juntos
Y las alturas dellas de manera
Que subian de los comunes puntos;
Por lo cual no fué cosa creedera
Haber debajo huesos de difuntos,
Hasta tanto que con mayor ayuda
Salieron todos ellos desta duda.

Estas eran cuadradas sepulturas,
Y tenían riquisimos caudales,
Tanto que nos afirman escrituras
Que pesaban el oro por quintales;
Piezas de diversísimas figuras
Y de todas maneras de animales,
Acuáticos, terrestres, aves, hasta
Los mas menudos y de baja casta.

Dardos con cercos de oro rodeados,
Con hierros de oro grandes y menores
Y en hojas de oro todos aforrados;
Ansimismo muy grandes atambores
Y cascabeles finos enlazados,
Segun los de pretales y mayores,
Flautas, diversidades de vasijas,
Moscas, arañas y otras sabandijas.

Entonces no creían haber cueva
Debajo, como tengo referido ;
Por las de mogotillos hacen prueba ,
Y gran monton de oro recogido ,
A Cartagena se llevó la nueva
A los que con Durán habían venido ;
Y así con capitán y buen avío
Vinieron á ver este señorío .

Fueron pues de la gente mas lustrosa
Don Martín y don Juan, ambos Guzmanes,
Parientes y de casta generosa ,
Y Lorenzo y Giraldo Estopiñanes ,
Y Peralta también de Peñalosa ,
Hallándose con estos capitanes
Don Juan de Sandoval, diestro caudillo,
Hoy en Pirú vecino de Trujillo .

Viendo pues tan lustrosa compañía,
De todas cosas bien aderezada ,
El Alonso de Heredia conocía
Conveniles hacer otra jornada ,
Y llevar la derrota de su vía
Al oriente del sol encaminada ,
Y á causa de la falta de comida
Abreviar lo posible la partida .

Aderezado pues lo conveniente,
En el lugar que tengo señalado
Dejó no poco número doliente
Para que de cavar tengan cuidado :
Garcí Avila de Villarey, teniente,
Juan de Villoria, contador nombrado
Para que de los quintos tenga cuenta
Y no se defraudase real renta .

Año de treinta y cinco por enero,
Conclusos pluviales movimientos,
Salían el peon y caballero
Para continuar descubrimientos
Y fueron del ejército guerrero
En el número mas de cuatrocientos,
De pertrechos acémilas cargadas
Para hacer caminos y calzadas .

Caminan á la parte del oriente
Por algunos terrenos despoblados,
Y aunque fueron por parte diferente
De los primeros mal afortunados,
Pero hallábase campo patente
Y zavasas con copia de venados,
Que por aquellos encumbrados cerros
Mataron con caballos y con perros .

Y aunque la tierra por do van es mala
Y no se descubria cosa buena,
Al Francisco de César y al Ayala
Nunca quiso quitalles la cadena ;
A entrambos con collares los iguala :
Que no fué para todos poca pena,
Hasta tanto que las necesidades
Y los ruegos les dieron libertades .

Como por relacion que vino llena
El gobernador supo la partida,
Hizo la suya desde Cartagena
Al Cenú, do quedaba recogida
Gente para cavar en el arena,
Y por mas abreviar esta venida,
Por mar le pareció hacer su vía
Con doscientos soldados que traía .

A los cuales se dió ninguna mano
Para poder tomar nuevos resuellos,
Pues sacando los piés del mar insano
Apenas asentaron bien los huellos,
Cuando los envió tras el hermano,
Y al Alonso de Cáceres con ellos,
Por capitán que los acaudillase,
Y hasta dar con él que no parase .

Signió su rastro pues con buen avío ;
Y el general y los que con él fueron
Habían descubierto cierto río
Que Brazo de San Jorge le pusieron,
Donde Yapel tenía señorío,
Segun decían indios que prendieron
En un pueblo do dieron de improviso,
Del cual huyó quien pudo dar aviso .

Luego Yapel que la razon percibe,
Por se vengar del campo peregrino
Armas y muchas gentes apercebe
Para les estorbar aquel camino ,
Sin recelar poder que lo derribe ;
Y fué furor que menos le convino,
Pues aquel belicoso movimiento
Salió contrario de su pensamiento .

Salieron en venganza de sus tuertos
Bien dos mil indios por carrera llana,
Y vieron que los toros eran ciertos
Reconociendo gente castellana :
Abátense y estaban encubiertos
Con yerbas que tenía la zavana,
La cual es por allí de tal altura
Que podría servir de cobertura .

Prosiguiendo los nuestros sus viajes
Y sin este recelo caminando,
Cerca ya de llegar á los parajes
Do los indios estaban esperando ,
Los de caballo ven ciertos plumajes
Por cima de las yerbas ondeando :
El avanguardia dijo lo que vía,
Y hizo reparar la compañía .

Viendo que nuestra gente se paraba,
Conocieron los indios ser sentidos,
Y salen con aquella furia brava
Que suelen cuando van mas encendidos :
Sácanse luego tiros del aljaba ;
El ancho campo hunden alaridos ;
Vuela por la siniestra y la derecha
Infinidad de piedra, dardo, flecha .

Nunca se vido tao mas combatida
En tiempo de rigor con tanta onda,
Cuanto se ven con el arremetida
Los nuestros de los que hay á la redonda ;
Resuenan los crujidos y estampida
De los corvados arcos y la honda ;
Vense cercados de mortal injuria
En tanto que duró la primer furia .

Mas como campos hay acomodados
Para poder romper esta pujanza,
Salen los de caballo bien armados,
Olvidadas las leyes de templanza ;
Abren salvajes pechos y costados
Ensangrentando la blandiente lanza ;
La verde yerba se paraba roja
Y crece la mortífera congoja .

Viendo que los tractaban desta suerte
Y cuán siniestramente les sucede,
En silencio la grito se convierte
Huyendo cada cual por donde puede ;
Y aquel que se libraba de la muerte
Lugar no ve donde seguro quede,
Porque muchos con estos desconciertos
Se metían entre los cuerpos muertos .

Tomaron muchos indios dellos vivos
Para que al español su carga lleve,
Y así los que venían muy altivos
Y furiosos, en espacio breve
Se vieron en prisiones y captivos ;
Y el que no tuvo hado tan aleve,
A Yapel ocurrió con paso tieso
A llevarle la nueva del suceso .

Los caballeros en su seguimiento
Abrevian lo posible su corrida :
En un alto divisan un asiento
De poblacion bien puesta y estendida ;
Dióles aquella vista gran contento
Por ser su gran compás tierra florida,
Y la disposicion y circunstancia
Prometía hartura y abundancia .

Porque tenían estos naturales
Las casas todas bien aderezadas,
Con gran copia de huertas de frutales
Maravillosamente cultivadas,
Grandísimas labranzas de yucales
Y otras raíces dellos estimadas,
Como batatas, ajos, himoconas,
Que suelen ser regalos de personas .

Asiento limpio por cualesquier vías,
Campiñas espaciosas por los lados,
Todas sus partes rasas y sanias,
Purísimos los aires y templados,
Aguas delgadas, espejadas, frias,
Rios con abundancia de pescados,
Y la templanza dicen ser tan buena
Que frio ni calor no les dió pena .

Después que lo poblado descubrieron
Pican con mas instancia los rocinos,
Pero por mucha prisa que se dieron
Habían ya huido los vecinos,
Con aquellas preseas que pudieron
Y por diversas sendas y caminos,
De manera que los desta conquista
Entraron sin que nadie los resistía .

Luego los caballeros y peones
Pensando de hallar un gran tesoro,
Escudriñaron casas y rincones
Sin les guardar respecto ni decoro,
Y en estas diligencias de ladrones
Recogerían seis mil pesos de oro,
Quedando con disgustos y querrela
Por se les escapar toda la pella .

Otros pueblos había por las frentes,
Como dos leguas el que mas escluso,
Subyectos, tributarios y obedientes,
Segun se conocía por el uso,
A este, que por castellanas gentes
Nombre de Pueblo Grande se le puso,
Donde Yapel, que todos los regia,
Iviernos y veranos residía .

Había por sus campos y llanuras,
En grandor mas ó menos señaladas,
Muchas piramidales sepulturas
Y por la mayor parte renovadas ;
Y estas por intentar otras venturas
No fueron desenvueltas ni sacadas,
Antes tocar en ellas nadie osa,
Por mandarse con pena rigurosa .

Esta se denunciaba con pregones,
Y algunos murmuraban y decían
Ser debajo de malas intenciones
Aquestas penas que se les ponían ;
Mas el general daba sus razones,
Diciéndoles que allí se las tenían ;
Pero quería que buscasen antes
Otras tierras mas ricas y abundantes .

Y que puesto quel pueblo fuese sano,
Era raíz la principal comida,
Sin que hallasen de maiz un grano,
Y no les iba menos que la vida,
Si paraban en tiempo del verano
Que para su jornada les convidía ;
Y así después que allí se rehicieron
Mucho mas adelante procedieron .

Siempre acia la parte del oriente,
Por partes de terreno despoblado,
E ya no poco número doliente,
Y el mas sano de todos mal parado,
Dieron después en un pueblo sin gente
Aunque bien proveído de pescado
En barbacoas asada muchedumbre,
Como tienen en Indias de costumbre .

Destos vientres vacíos proveyeron
Y luego con aquel pio hambriento
Buscaron por allí, mas no pudieron
Hallar otro ningún mantenimiento ;
Y aunque este se halló, los mas salieron
Tales que los batía flaco viento,
Y con ir desta suerte, todavia
Pertinacisimos en su porfía .

Continuando pues esta conquista
Segun la voluntad que los ordena,
Al gran río de Cauca dieron vista
Aumentador del de la Magdalena,
De quien he sido yo buen coronista
Y he dado relacion no poco llena ;
Y con enfermedad que los derriba
Muchas jornadas van por él arriba .

Habiendo hecho ya largo desvío,
Y muchos españoles perecido,
Vieron en una isla deste río
Cierto pueblo por barrios dividido ;
Para pasar á él no ven avío,
Por no selles el vado conocido,
Pero buscólo gente de pelea,
Y al fin halló por dónde se vadea .

Procuran caballeros pasar luego,
Pero los indios, viendo como vienen,
A todos sus buhios ponen fuego
Y en las canoas meten cuanto tienen,
Dejando sin consuelo con el fuego
Aquellos que del aire se mantienen,
Pues no pudo hallar hombre cristiano
Cosa de que pudiesen echar mano .

En esta mas que misera tormenta,
Mucho mayor que yo la represento,
El mas bajo y el hombre de mas cuenta
Por no morir en este detrimento
Con tallos de bibaos se sustenta :
Desventurado y misero sustento,
Pues los flojos cogollos destas berzas
Cien mil desmayos dan en vez de fuerzas .

Todos á mas andar se consumían,
Y eso me da manebo que mas viejo,
Y en el cansado cuerpo no tenían
Sino los huesos solos y el pellejo ;
Y como nada bueno descubrían
Entraron principales en consejo,
Y la razon de todos fué resuelta
En que para la mar diesen la vuelta .

Volvieron pues la fatigada planta
Al prolijo camino que sabía,
Mas la debilidad era ya tanta
Que muchos perecían cada día :
El que caía nadie lo levanta,
Y si lo procuraba no podía,
Porque comunes eran estos males,
Y los altos y bajos van iguales .

Los mas sanos caminan lo que pueden
Mas de la muerte que de vida ciertos ;
Pues no van de manera que no queden
De dos en dos y de tres en tres muertos ;
A pocos sepulturas se conceden,
Y estos cuasi quedaban descubiertos,
Aunque se lo mandaban á peones
Que venían atrás con azadones .

Mas no puede cavar la tierra dura
El que mas vigoroso parecía,
Y aun al hacer la funeral cultura
Mas que segunda vez acontecía
Quedar muerto sobre la sepultura
El misero peon que la hacía,
Y así quien intentó cubrir el muerto
Quedó sin sepultura y descubierto .

Muchos con el hambriento desatino,
Demás de sabandijas que no cuento,
Habiendo guazumás por el camino
Las tenían por principal sustento :
Sequisimo manjar, gusto malino,
Desde el principio de su nacimiento ;
Es fruta como mora, pero dura
Y muy mas seca cuanto mas madura .

Moras dirá que son el mortal ojo,
El orden de granillos algo ralo,
Y ha menester echallas en remojo
Quien quiere que de jugo den regalo ;
Pero cuando mas rico, su despojo
Es el que dan astillas de algun palo,
Y el árbol que las da con todo esto
Quedaba de su fruto descompuesto .

Por despojallo manos diligentes
Y ser cuasi que todos á cogellas ;
Pero menester ha muelas y dientes
Quien quiera digerillas y molellas ;
Bien que para comellas estas gentes
Un no sé qué de dulces tienen ellas,
Mas el estómago de calor poca
Lanzaba las comidas por la boca .

Pero como su necesidad le mande,
No llevar el Heredia pasos lentos,
Y Dios diese vigor para que ande,
Y quien escapó con él de detrimientos
Llegó segunda vez al Pueblo Grande,
Menos de sus soldados los trescientos:
Los indios se pusieron en huida,
También necesitados de comida.

Los nuestros rebuscaron las horras
De las raíces y otras chucherías,
Por aquellas labranzas y culturas
Que consumieron los pasados días;
Abrieron ansimismo sepulturas
De huesos llenas, de metal vacías,
Aumento grande de sus alicencias,
Y pena de perder las ocasiones.

Estando pues allí la compañía
Cercada de mortales descontentos,
Con Cáceres llegó la qué traía
No menos fatigados y hambrientos;
De suerte que por una y otra vía
Fué la necesidad en crecimientos,
Y así por no cumplirlles el sosiego,
Juntos para la mar partieron luego.

Pero para llegar á los confines
Y términos del rico santuario,
El general mandó matar rocines,
Por no poder hacerse lo contrario,
Entresacando de los mas rünes
El que les era menos necesario,
Y áqueste fué grandísimo remedio
Para no faltar muchos de por medio.

Y al repartir las partes del caballo
En él no se hallaba cosa fea,
Sin desecharse pié, tripa, ni callo,
Ni cuero, ni juntura de manea;
Cuecen en ollas el genital tallo
Como regaladísima lamprea,
Y las unas y otras reventando
Siempre remanece menos blando.

Con estas desventuras repugnantes
A piés que parecían ir con grillos,
Entraron en las tierras circunstantes
Del Cenú, rotos, flacos y amarillos;
Mas el gobernador dos leguas antes
Salió con gente para recebillos,
Y en viéndolo la que llegó perdida
No pudo juzgar bien de su venida.

Hablábase los hermanos como hermanos,
Abrazaron amigos sus amigos,
Representádoles trabajos vanos,
Largos caminos, yerbas sin abrigos;
Del tierno sentimiento los humanos
Ojos pudieran ser allí testigos,
Y mas desde supieron claramente
Muertes y perdición de tanta gente.

Y para mas doblar el desconsuelo
El gobernador, hecho sentimiento,
Dijo, que reparar en aquel suelo
Los que venían era perdimiento,
Por no poder hallar un solo pelo
En toda la provincia de sustento;
Que pasen a Tulú, tierra sabida,
Donde tendrían cierta la comida.

Algunos hombres dellos impacientes
Respondieron con alterados pechos:
« Señor, señor, esos inconvenientes
Bien entendemos dónde van derechos:
Quiere vuestra merced y sus parientes
A sus solas gozar de los provechos,
Y al hí de puta vil que lo trabaja
Quitalle los granzones y la paja.

» Porque todos sabemos la grandeza
Y cantidad del oro que se saca;
Quépanos parte pues de la riqueza,
O de las sepulturas la mas flaca;
Veis nuestra desnudez, nuestra pobreza,
Cubierta con pedazos de hamaca;
Y pues llevamos los peores ratos,
Hayamos para calzas y zapatos.»

Tales razones y por esta vía
Estrellaron en medio de sus cejas;
Mas él como sagaz también sabía
Hacer á tiempos sordas las orejas;
Al fin los hizo ir donde quería,
Usando siempre de sus mañas viejas,
Con palabras de buen comedimiento
No todas veces dando cumplimiento.

Lleváronlos como de los cabellos,
Sin les valer razon, queja ni ruego;
El Alonso de Heredia fué con ellos
Con intenciones de volverse luego:
Llegaron á Tulú cansados huellos,
Donde pararon con algun sosiego,
Porque por sus lugares y distancia
Hallaban de maíces abundancia.

Como tuviesen pues harta comida,
Algunos se hartaron de tal suerte,
Que pensando tener con ella vida
Tragaron las angustias de la muerte:
Dejando ya la gente proveida
El Alonso de Heredia se convierte
Al pueblo del Cenú lijeramente,
Y el Cáceres quedó con esta gente.

El gobernador antes con navio,
Por ahorrar por tierra de trabajo,
Subió desde la mar por aquel rio
Que es en grandeza no menor que el Tajo;
Y á las cuarenta leguas de desvío
Halló con remos principal atajo,
Porque cerca del rico santuario
Se podía llevar lo necesario.

Sin que la gente que llegó perdida
Este nuevo secreto conociese,
Ni pudo, pues aun bien no fué venida
Cuando le hizo luego que partiese:
Allí tenia barca prevenida
Para cuando la tal menester fuese,
Visto que con los remos y corriente
A la mar se llegaba brevemente.

Llegado de Tulú pues el hermano,
Es de creer que como consejero
No le querria dar consejo vano
Acerca de la guarda del dinero;
En lo que fué después no pongo mano
Ni me conviene sin comer primero,
Porque me tienen ya la mesa puesta,
Y hay mucho que decir en lo que resta.

CANTO CUARTO.

Donde se trata del odio que concibió la gente que quedaba en Tulú contra el gobernador Pedro de Heredia, por no querellos admitir á las sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaron sacaba, y las demás variedades que entonces acontecieron.

El que manda soldados de conquista,
Puesto caso que sea comedido,
Como de cortedad no se desista
Ni fuere como debe bien partido,
Del mayor y menor es cosa vista
Que tiene de quedar aborrecido,
Y mas si les usurpan los provechos
Justamente debidos á sus hechos.

Y así la gente que en Tulú quedaba
Perdida del entrada, viendo esto,
No sin palabras feas blasfemaba
De su gobernador y de su gesto;
Y como ya con fuerzas se hallaba
No quisieron estar en aquel puesto,
Antes ir á buscar á Cartagena
Una comodidad que fuese buena.

A Cáceres dijeron el intento,
Al cual no pareció ser desatento,
Antes conforme con su pensamiento
De buena voluntad en ello vino;
Y aprestadas las armas y alimento
Al punto se pusieron en camino,
Rancheando los pueblos y lugares
Que confinaban por aquellos mares.

Como los indios vieron poblaciones
De mayor duracion y mas provecho,
Vinieron á las ver con intenciones
De no perder su tierra ni derecho;
Sobre la villa dieron escuadrones,
Cosa que nunca tal habian hecho,
Y agora que venían al remedio
Tomaron aquel rio de por medio.

Vinieron perlongando las riberas
A compás de sus roncós atambores,
Escuadras ordenadas por hileras
Como suelen cursados guerradores;
Solamente faltaban las banderas
Por no llegar allí los inventores;
En lo demas el escuadron camina
Segun orden de buena disciplina.

Unos dellos con picas en las manos,
Otros, dorados arcos y carcajes,
Muy gallardos los mozos y los canos,
Sobre diademas de oro sus plumajes,
Y á su modo tan puestos y galanos,
Que no se vió de traza de salvajes
Otra de mas vistosa compostura
En gala, proporciones y hechura.

Llegados pues al arenal frontero
Del lugar do la villa se hacia,
Dispararon del escuadron primero
Copia de venenosa flecheria,
Y á don Martín Guzman, un caballero,
Mataron dos caballos que tenia,
Cuyo grave pesar fué de tal peso
Que quedó sin caballos y sin seso.

Hacen los españoles armas prestas
Para tirar á la contraria banda,
Contra las flechas duras y molestas,
Y el general á grandes voces manda
No tiren arcabuces ni ballestas,
Mas antes con palabras los ablanda,
Por ver si puede por alguna vía
Traellos á la paz que pretendia.

Pero los mal sufridos andaluces,
Viendo contrarios tiros importunos,
Disparan las ballestas y arcabuces,
Con que debieron de herir algunos;
Y así huyeron todos de las cruces
Sin que parasen por allí ningunos;
Tras dellos fué con españoles ciento
Garcí Avila del Rey en seguimiento.

Seguío por las señales de sus huellos,
Con otro capitán Antonio Perez,
Y no pararon hasta dar en ellos,
Donde prendieron hijos y mujeres;
Pero hicieron luego paz con ellos
Soltándolos con todos sus haberes,
Y desde entonces gente castellana
La tierra del Cenú tuvo muy llana.

Porque estos indios son ahidalgados,
Y guardan amistad si la prometen;
Gentiles hombres, bien proporcionados,
Prudentes en las cosas que prometen;
Tienen buhios bien aderezados,
Y aquellos aposentos do se meten
Las mujeres gallardas y dispuestas,
Pulidas y en el traje mas honestas.

Andan cubiertas desde la cintura
Hasta los piés con una mantellina
Que hace razonable compostura,
De tela de algodón, delgada, fina;
Unas son blancas, otras con pintura,
Segun su voluntad les encamina;
Es gente finalmente que se pica
De ser muy estimada, por ser rica.

En aquesta sazón y coyuntura
Gobernaba Francisco Barrio-Nuevo
En Panamá, de quien en mi escriptura
Atras hice memoria como debo;
El cual gobernador hizo cultura
En Acla reformando pueblo nuevo,
A Julián Gutierrez dando gente
Por ser su capitán y su teniente.

Pedro de Heredia, con la bolsa llena
De ricas piezas y de vasos finos,
Tenia siempre sospechosa pena
Que los que se partieron del mohinos
Irian contra él á Cartagena
Para se rebelar con sus vecinos;
Y así determinó de salir fuera
A fin de les tomar la delantera.

Por sí ó por no, como varon discreto
Y animosísimo sobremanera,
Teniendo por verdad su mal conceto,
Pasó con brevedad esta carrera,
Por tener ya para cualquier efeto
A punto bergantín en la ribera
Del rio do tenían sus asientos
Y sacaban aquellos monumentos.

En él entró con poca compañía,
Mas no sin maña y animo supremo;
Llevó también el oro que tenia
De piezas cudiciosas por extremo;
E ya llegado do la mar batía
Hizo navegacion á vela y remo,
Y al puerto vino mas de veinte días
Primero que las otras compañías.

Llegado Cáceres con sus soldados
Cerca de Calamar y su frontera,
Todos ellos quedaron admirados
De vello pasear por la ribera
Con muchos caballeros á los lados,
Gente recién venida forastera;
Uno dellos se rió y otro pasma,
Diciendo no ser él sino fantasma.

Pero llegados mas á los lugares,
Cada cual sus enojos desencierra,
Y allí tuvieron dares y tomares,
Mas para blanda paz que dura guerra,
Y él mitigó sus furias y pesares,
Y á todas sus querellas echó tierra,
El oro suyo todavía horro
Sin ofrecelles punta de socorro.

Mitigada doméstica tormenta
De lo que presumió sin estar cierto,
A los contractadores se dió cuenta
Haberse por el rio descubierta
Por donde celebrasen compra y venta,
Y barcos y navios tengan puerto
Cercano de las ricas sepulturas
Por aguas mansas, llanas y seguras.

Aun no fué la razon bien entendida
Cuando, sin esperar prolijos ratos,
Partieron barcos llenos de comida
Para gozar de prósperos contratos;
Llegaron á la parte referida
Donde los precios no fueron baratos,
Pues se vendian los canarios quesos
A treinta y cinco y á cuarenta pesos.

Y con ser el viaje sin trabajos
Y la brevedad grande del camino,
Vendian un arroba de tasajos
A veinte y cinco pesos de oro fino,
Y poco menos una ristra de ajos,
Mas de cien pesos un barril de vino;
Y cuanto se llevaba de acarreto
Compraban estas gentes al respeto.

Hasta que con ganancia tan suprema
Acudian ya tantos al chillido,
Que de los precios abajó la flema
Poniéndolos en término medido;
Pero no fué la baja tan estrema
Que dejase de ser precio subido,
Pues arrojaban oro tan sin tiento
Que ganaban á mas de mil por ciento.

Viendo la mucha gente que se llega
A mejorar allí su pobre capa,
Fundóse pueblo donde se congrega,
Y el Alonso de Heredia hizo mapa
Para trazar solares en la vega
Del rio que se llama Catarapa,
Hoy villa de Tulú segun parece,
La cual en este tiempo permanece.